

LAS GRANDES VICISITUDES
DEL CABALLERO AZANZA (1746-1826)
DE VIRREY DE MÉXICO A MINISTRO DE JOSÉ BONAPARTE

Manuel Moreno Alonso



CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	15
I. DE LAS MONTAÑAS DE NAVARRA AL NUEVO MUNDO	23
LOS PRIMEROS AÑOS	28
EL “TÍO DE AMÉRICA”	31
LA PRÁCTICA POLÍTICA DEL DESPOTISMO	36
AZANZA EN CUBA	41
EL APRENDIZAJE DE MÉXICO	52
SECRETARIO EN MÉXICO DEL “VISITADOR” JOSÉ DE GÁLVEZ.....	57
NUEVAS EXPERIENCIAS	71
II. NUEVOS ESCENARIOS	77
EL SERVICIO EN EL EJÉRCITO	78
EN LAS COVACHUELAS DEL PODER	82
EL DESCUBRIMIENTO DE LA DIPLOMACIA	92
EL TRÁNSITO POR VIENA	96
SAN PETERSBURGO.....	98
BERLÍN	108
INTENDENTE.....	120
LA GUERRA DE LA CONVENCION	129
AZANZA, MINISTRO DE LA GUERRA	145
QUINCUAGÉSIMO VIRREY DE MÉXICO	162
III. “PERFECTO VIRREY”	179
DE CÁDIZ A NUEVA ESPAÑA	181
LA JOYA DE LA CORONA	189
EL REFORMADOR	196
EL “MEJOR ALCALDE” DE MÉXICO	206
LOS COMPROMISOS ECONÓMICOS	213
LAS LUCES	219
LA “CONSPIRACION DE LOS MACHETES”	229
LA OPOSICION A LOS “GACHUPINES”	236
LA INSTRUCCION RESERVADA	241
EL JUICIO DE RESIDENCIA	244

IV. LA ALTA POLÍTICA	257
EL REGRESO A ESPAÑA	258
LOS AÑOS DE OSTRACISMO EN GRANADA	262
LA OPOSICIÓN POLÍTICA	272
LOS MURPHY	283
LOS INICIOS DE LA REVOLUCIÓN	288
MINISTRO DE FERNANDO VII	291
LAS JORNADAS DE MAYO EN MADRID	305
LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA DINASTÍA BORBÓNICA	309
V. EL CAMBIO DE CASACA	319
LA NUEVA DINASTÍA	319
PRESIDENTE DE LA ASAMBLEA DE BAYONA	324
LA SOLUCIÓN BONAPARTISTA	336
MISIÓN ESPECIAL EN PARÍS	343
LA FIDELIDAD AL NUEVO REY	347
LA EMBAJADA EXTRAORDINARIA EN PARÍS	358
EL REY Y EL PUEBLO	375
VI. SUPERMINISTRO DE JOSÉ BONAPARTE	387
MINISTRO DE HACIENDA	390
MINISTRO DE INDIAS	394
MINISTRO DE NEGOCIOS ECLESIASTICOS	416
MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS	434
PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS	443
LA CUESTIÓN DE LA CORRUPCIÓN	449
VII. LA PRÁCTICA POLÍTICA	457
UNA GUERRA CIVIL QUE PUDO HABERSE EVITADO	458
LOS HOMBRES DEL INTRUSO	467
LOS AMIGOS POLÍTICOS	471
EL SALÓN DE LA CONDESA DE JARUCO	479
LOS GRANDES DÍAS DEL REINADO	485
LOS INGLESES	503
VALENÇAY	512
VIII. EL EXILIO	537
EL PRINCIPIO DEL FINAL	537
LA SALIDA DE ESPAÑA	542
EL ÉXODO AFRANCESADO	545

PARÍS	552
EL PECADO Y LA REDENCIÓN	563
LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS	574
ESPERANZAS EN LA REVOLUCIÓN LIBERAL	586
LOS ASUNTOS DE MÉXICO	591
EL FINAL EN BURDEOS	604
EPÍLOGO	617
CRONOLOGÍA	623
ABREVIATURAS	625
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	627
RELATOS CONTEMPORÁNEOS	631
BIBLIOGRAFÍA	638
ÍNDICE DE LUGARES Y NOMBRES.....	653

INTRODUCCIÓN

Miguel José de Azanza y Alegría (1746-1826), a pesar del olvido en que ha caído su nombre al igual que el de tantos otros personajes de su generación, es una figura muy destacada de aquella época. Sin embargo, el que sea un gran desconocido no debe sorprendernos más allá del hecho de que haya sido también una víctima de *la fureur de nos discordes civiles*. Pues, como ha señalado muy acertadamente John Elliott, “nuestro conocimiento sobre la biografía de los españoles, incluso la de aquellos de gran importancia histórica, es terriblemente limitado”.

Después de una carrera muy poco habitual en México, a donde se trasladó cuando era muy joven, Azanza desempeñó cargos importantes en el ejército, en la administración y en la diplomacia. Encargado de Negocios sucesivamente en las embajadas españolas de San Petersburgo y de Berlín, tuvo después altas responsabilidades en la guerra contra la Francia revolucionaria. Hasta el punto de que al final de esta fue nombrado ministro de la Guerra. Si bien el puesto por el que más se le recuerda fue su designación al final del siglo como virrey de México (1798-1800).

Un publicista mexicano, que le conoció personalmente y después se pasó a la causa de la Independencia, Carlos María Bustamante, llegó a decir que “Miguel José de Azanza es uno de aquellos hombres cuya idea merece transmitirse a la posteridad por sus virtudes”. Tras hablar de su “afabilidad y bello comportamiento”, el autor citado llegó más allá, incluso, al afirmar con rotundidad: “Yo lo proclamo por el virrey más sabio, político y amable que ha tenido la Nueva España”.

Palabras parecidas le dedicó el barón Alejandro Humboldt en su famoso *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España* (París, 1811), en donde escribió que Azanza fue “un sujeto tan notable por su talento, como por las grandes vicisitudes que ha experimentado en su fortuna”. Y en otro lugar del *Ensayo* constató que “el reconocimiento de los mexicanos no borrará en mucho tiempo de su memoria al conde de Revillagigedo y al caballero Azanza, dos hombres de Estado, igualmente recomendables por sus virtudes públicas y privadas, y cuya administración todavía hubiera producido mayores bienes si su posición exterior les hubiese permitido proseguir libremente la carrera que se habían propuesto”.

Palabras que, en el caso de Azanza, no parecen excesivas. Pues el propio Consejo de Indias, cuando fue sometido al preceptivo *juicio de residencia*, dictaminó con rotundidad: “Que en todo esto procedió como perfecto virrey”.

Pero su carrera no terminó aquí. Después de unos años de ostracismo durante la última privanza de Godoy, será a partir de 1808 cuando la figura y las “vicisitudes” de Miguel José de Azanza adquieran una nueva dimensión. Primero como ministro de Hacienda en el primer gobierno fernandino (27 de marzo-7 de julio de 1808), y vocal de la Junta

Gubernativa que en su ausencia dejó el rey para viajar a Bayona, y después como uno de los personajes claves del gobierno napoleónico.

De su peso político en aquellos momentos dice mucho el hecho de haber sido nombrado presidente de la Asamblea de Notables de Bayona, convocada por Napoleón, que refrendó las renunciaciones de Fernando VII y Carlos IV. A lo que se añade el hecho de haber sido uno de los ponentes de la primera Constitución española, ante la que el nuevo José Napoleón I prestó juramento como nuevo rey de España.

Después, tras ejercer la presidencia de la Junta de Bayona que proclamó la Constitución bonapartista, fue el hombre de mayores responsabilidades en el reinado de José Bonaparte. Pues, en verdad, Azanza fue el “superministro” de José I, al desempeñar sucesivamente tras el ministerio de Hacienda, en el que le sustituyó Cabarrús, los ministerios de Indias (7 de julio de 1808-27 de junio de 1813) y Negocios Eclesiásticos (25 de enero de 1809-27 de junio de 1813) e interino de los de Estado, Negocios Exteriores y Policía.

En dos ocasiones, en agosto de 1808 y en la primavera de 1810, José Bonaparte lo envió a París para dar cuenta al emperador de la difícilísima situación de los asuntos de España. En la segunda ocasión, y para darle más realce a su embajada extraordinaria, lo hizo previamente duque de Santa Fe y le concedió el Toisón de Oro, convencido de “su notorio buen tacto, experiencia política y uso del conocimiento de los hombres, como hombre de Estado”. Y más tarde, cuando José Bonaparte se trasladó a París para cumplimentar a Napoleón con motivo del nacimiento del Rey de Roma, fue nombrado por este en su ausencia de varios meses, “Presidente del Consejo de Ministros”.

El rey José sabía perfectamente que de todos sus ministros españoles Azanza era el más valorado y respetado por el emperador. Este, en un boletín dirigido al Ejército Imperial de España llegó a decir que Azanza era “el ministro más virtuoso y el más ilustrado” de su hermano.

Por su parte, el historiador afrancesado Andrés Muriel dijo de él en el bosquejo que escribió durante su exilio en París sobre el ministro josefino Gonzalo O’Farrill (1831) que “Azanza era un muy hábil hombre de Estado, lleno de todo tipo de cualidades. El emperador le estimaba mucho; valoraba mucho su carácter y sus modales —*ses manières*— cuando fue a Bayona para presidir la Junta de notables españoles en esta ciudad. Napoleón le hacía ir con frecuencia a su castillo de Marrac, cuando se encontraba completamente en familia, y le trataba con la mayor confianza”.

El mencionado historiador señala también que, en unos de aquellos días, al llegar en su acostumbrada visita vio sobre la mesa el gran cordón de la Legión de Honor que el emperador tomó en sus manos para imponérselo. Ante lo cual el español le dijo: “Sire, cuando me he decidido a reconocer al hermano de Vuestra Majestad como rey de España, no he tenido otra cosa en cuenta que el bien de mi país, al que me gustaría preservar de la devastación y de las desgracias que lo amenazan. Así, si mis compatriotas me vieran condecorado con el gran cordón de la Legión de Honor, podrían sospechar que lo hago por ambición. Dignaos aceptar la expresión de mi profundo reconocimiento”. Napoleón,

aceptando a la fuerza tan noble excusa, no insistió más pero, según Muriel, algún tiempo después, al contar a su hermano José la negativa de Azanza, le dijo: *C'est le premier qui ait refusé mon grand-cordon.*

Este es el personaje, verdaderamente fascinante, del que se ocupa nuestro libro, que para su autor ha constituido un verdadero reto al ser muy poco lo que se sabía del protagonista. En modo alguno es una investigación hecha al microscopio, como pretendía Hipólito Taine en una investigación histórica sobre un personaje que aporta poco al conocimiento de su época, sino todo lo contrario. Muchos son los detalles de una historia desconocida o mal conocida que esclarece su biografía. Lo que demuestra que contamos con demasiados estudios generales que las más de las veces versan sobre los mismos tópicos sobre cimientos endebles. Por fortuna, nuestro personaje carece de panegiristas vulgares.

Por una carta de gran valor testimonial de un amigo de Jovellanos —a veces una simple carta puede ser más esclarecedora que cientos de documentos— sabemos cómo era Azanza. Un hombre al que le incomodaban los que le observaban, como ocurría con Floridablanca, “de quien es una exacta copia”. Un hombre, además, que tenía “una ambición devoradora, que lleva en pos de sí las demás dotes que le adornan y que son excelentes para un ministro de Estado”. Palabras escritas poco antes de su designación para la cartera de la Guerra en diciembre de 1795, años antes de ser nombrado ministro de José Bonaparte.

En la mencionada carta hay otra pincelada más que lo retrata como político: “Últimamente su corazón no va con la lengua, y su vaguedad toca en el extremo de la desconfianza general”. Para terminar diciendo finalmente, después de hacer estas consideraciones no poco insidiosas, que “ya va descubriendo la hilaza del paño”. Menester este que es el que se propone nuestro libro que, por otra parte, se atiene al deseo del propio Azanza de dejar la historia en manos de los historiadores, tal como escribió él mismo en la famosa *Memoria*, con la que pretendió justificar su comportamiento final, al aceptar la opción bonapartista y tener que explicarlo a los patriotas fernandinos: “dejaremos a los que escriban la historia de ella el entrar en los pormenores a que no podemos descender en este escrito” (322).

El estudio de un personaje de tan gran importancia como Azanza, a diferencia de otros, está lejos de cualquier atisbo de adulación y de versatilidad como fueron los casos del marqués de Caballero o de Luis Mariano de Urquijo, protegido en los inicios de su carrera por el conde de Aranda, quien se quedó prendado de su “desparpajo”. Pues, dada su personalidad y mucho mayor trayectoria, puede darnos claves importantes también para conocer mejor aquellos momentos trascendentales que explican la aceptación de la solución bonapartista por parte de quienes hasta entonces habían servido la monarquía borbónica desde Carlos III a Fernando VII.

El paso de un alto funcionario de la Administración borbónica (que llegó a ser ministro de Carlos IV y de su hijo Fernando VII) y que con todos sus abalorios pasó a serlo de José Bonaparte es un hecho que reviste gran importancia. Él mismo trató de